

Javier Tomeo



Vampiros y alienígenas



ALPHA DECAY

«CUORE INGRATO»

Me he pasado toda la tarde sentado frente al mar. Me gusta ver el ir y venir de las olas. Cuando cierra la noche vuelvo a la pensión, rechazo con una sonrisa la cena que me ofrece la patrona y me encierro en mi cuarto. Este año elegí este pueblo de la costa para pasar las vacaciones, porque dicen que por las noches es un buen sitio para ver pasar platillos volantes.

—Vienen por la derecha y se van por la izquierda —me ha dicho esta misma tarde un viejo del pueblo—. Siempre hacen lo mismo.

Son ya las dos de la madrugada, pero esta noche no he visto ni una sola luz. La verdad es que no es fácil verlas, algunas veces pasan semanas enteras sin que aparezcan.

En fin, ha llegado la hora de meterse en la cama. Vamos a ver qué tal duermo esta noche. Pongo una almohada debajo del colchón porque quiero dormir con las piernas más altas que la cabeza y, además, me tiendo sobre el costado derecho para que mi corazón no trabaje tanto. Si no me cuido yo, no me cuidará nadie. Este pobre cuerpo tiene que durar bastantes años, porque no he perdido todavía la esperanza en un futuro mejor y quiero ver qué tal pintan entonces las cosas.

Les diré ya que hace muchos años que no me fío un pelo de la gente de este mundo, pero que confío firmemente en la buena fe de los marcianos del Partido A, que son los que tripulan la mayoría de los platillos volantes.

Ya sé que no se puede medir a todos los marcianos por el mismo rasero y que en ese lejano planeta viven marcianos óptimos, marcianos simplemente buenos, marcianos malos y marcianos malísimos. Los del Partido A, sin embargo, son mis preferidos, insisto sobre este punto, y estoy seguro de que serán ellos quienes nos salven a los terrícolas de la iniquidad y del desamor.

Esta noche, sin embargo, mi otro yo no está tan seguro y me formula preguntas difíciles de responder.

—A mí me parece que haces mal confiando tanto en esa gente —me aconseja.

—Eres tú quién está equivocado —le contesto—. Estoy seguro de que ese grupo de marcianos conseguirán que los terrícolas vivamos una segunda edad de oro.

—¿Una segunda edad de oro? ¿Estás seguro de que alguna vez hubo una primera edad de oro?

Mi *alter ego* desconfía incluso de la pareja de turistas italianos que llegaron esta mañana a la pensión. Ese hombre, por cierto, se ha pasado toda la tarde en su habitación, tal vez debajo de la ducha, cantando *Cuore Ingrato*.

—Sí, sí, desconfía de ese individuo —me aconseja mi *alter ego*—. Desconfía de todos los hombres que cantan demasiado.

No quiero hacerle caso. Cierro los ojos y procuro dormir. No va a ser fácil, porque pienso en demasiadas cosas al mismo tiempo. Además, me cuesta trabajo respirar y eso me complica todavía más el insomnio. No encuentro a mi alrededor todo el aire que necesito. Respiro con la boca abierta, pero no tengo suficiente y de vez en cuando me veo obligado a apretarme la punta de la nariz con el pulgar y el índice y tirar un poco ha-

cia arriba. De ese modo puedo meter un poco más de aire en los pulmones. Mi *alter ego*, sin embargo, se lo toma a broma.

—¿Y si haciendo eso te creciese un poco más la nariz? ¿Y si estirándotela cada noche de ese modo acabas convirtiéndote en un nuevo Pinocho?

Reconozco que no me gustaría. Si la gente me tomase por un nuevo Pinocho, creería todavía menos las maravillas que les cuento sobre los marcianos del Partido A. Hace unos días, por ejemplo, supe que los astrónomos del Vaticano, y hasta el mismísimo Papa, defienden no solamente la existencia de vida inteligente en otros planetas, sino incluso la posibilidad de que los marcianos, sobre todo los del Partido A, sean todavía más listos que nosotros.

Otra vez pienso en el turista italiano y en su extraña forma de cantar *Cuore Ingrato*. No es que desafine, pero me ha parecido que vocalizaba la letra de esa hermosa canción como si no le quedase ni un solo diente en la boca. Además, antes de meterse en su habitación lo vi andar por el larguísimo pasillo y me pareció también que caminaba de un modo extraño, como balanceándose.

«Suponiendo que ese hombre y su mujer estén ahora follando —me pregunto—: ¿Será también ese italiano como algunos desdentados que antes de follar no tienen inconveniente en quitarse la dentadura postiza y la dejan sobre la mesita de noche, a la vista de la mujer que se están trajinando?»

Parece una tontería, pero no lo es, porque si hacen eso significa que confían mucho en su virilidad y en que superarán el coito sin ningún tipo de problemas.

En estos momentos me preocupa también su forma de andar. Nunca he visto a nadie andar de ese modo. Estoy dándole vueltas y más vueltas y finalmente llego a la conclusión de que ese italiano camina como si alguna vez hubiese tenido tres piernas.

Esa posibilidad me plantea nuevas incógnitas: si hubo un tiempo en que tuvo tres piernas, ¿por qué permitió que le amputasen la pierna que podríamos llamar supernumeraria? ¿Fue por prescripción médica? ¿Decidió tal vez cortársela para convertirse en un hombre normal, es decir, un hombre como los demás, que solo tenemos dos piernas? ¿Tanto valoró la normalidad que le había negado la naturaleza que no vaciló en arriesgar su vida en una operación tan problemática?

En fin, admito que se trata únicamente de elucubraciones, sin demasiado sentido, que me hago mientras doy vueltas y más vueltas en la cama. Pienso, finalmente, que en este mundo no hay hombre que nazca con tres piernas.

—Pues en eso también te equivocas —observa mi otro yo, que está empeñado en llevarme siempre la contraria—, no sería el primer caso de la historia. Recuerda el caso de Frank Korpoff, que nació con una pierna suplementaria que lo hizo célebre y famoso en todo el mundo.

No sé de qué Frank Korpoff me está hablando. Algunas veces mi *alter ego* me cuenta cosas que ni siquiera yo mismo recuerdo. No quiero, sin embargo, discutir ahora, lo que me interesa es conciliar el sueño. Me olvido por fin del Vaticano y de la forma de cantar del italiano. Me olvido también de su extraña forma de andar y cierro los ojos. He dejado la ventana abierta y, poco a poco, acunado por las canciones de los marcianos del Partido A, voy quedándome dormido.